

EDITORIAL

La polisombra

Carlos Arturo Florido Caicedo - MD. MA. Profesor Titular. Director Departamento de Morfología. Facultad de Medicina – Universidad Nacional de Colombia
cafloridoc@unal.edu.co

LA POLISOMBRA

En el diccionario de la RAE, la palabra no figura. Si se busca en Google, se encuentran muchas entradas, entre ellas una que dice “*Polisombras. Telas de encerramiento*”. Se trata de una especie de tela sintética con la que encierran zonas en las que se hacen obras impidiendo el acceso a la gente. Quienes vivimos en Bogotá tuvimos que acostumbrarnos a la vista de esas telas de encerramiento durante años en las que parecían obras inconclusas como las del Transmilenio de la calle 26 o las del deprimido de la 94, hasta el punto de terminar prácticamente odiando la palabra.

Los estudiantes y trabajadores de la Sede Bogotá de la Universidad Nacional de Colombia nos encontramos, cuando comenzamos las labores del presente semestre lectivo, con que estaba llena de polisombras. Resulta que el campus estaba y está “en obra”, y por donde quiera que uno caminaba se estrellaba irremediablemente con una odiosa polisombra. Y como el mítico monstruo de las películas de terror, ésta fue creciendo a medida que devoraba nuestro territorio. Cada día que pasaba era peor; inexplicablemente a los trabajadores y estudiantes de la sede Bogotá de la Universidad nos fueron reduciendo hasta donde ya casi no podíamos movernos.

La Universidad Nacional, al parecer, decidió que era más importante construir una “alameda” que evitar que algunos de sus edificios continuaran viniéndose abajo o construir una nueva sede para una de sus facultades fundadoras, la de Artes, que años atrás vio cómo uno de sus edificios hubo que demolerlo, mientras que los demás se deterioran rápidamente. Las prioridades de la Universidad parecen obedecer a ‘designios inescrutables’.

Aunque se podrían haber utilizado los días de las vacaciones de final de año o el periodo intersemestral, las obras justo comenzaron con el inicio semestre académico. Entonces vimos cómo crecía el monstruo; y su crecimiento coincidió con el advenimiento de una fuerte temporada de lluvias con lo cual la sede se convirtió en un gigantesco lodazal que era necesario atravesar a campo traviesa pues no había caminos demarcados ni indicaciones de ninguna clase; solo personal de la obra que cada día que pasaba cerraba un camino, creaba una nueva barrera (“¡Córrame esa polisombra para aquí y tape ese hueco, que ya me está pasando

mucha gentecita por ahí!” Le escuchó, quien escribe este editorial, a un personaje de los de casco amarillo ordenar a un obrero).

Solo después de pasada la Semana Santa fueron puestos en varios sitios de la Universidad, unos avisos en los que se dan indicaciones acerca del ‘Sendero peatonal recomendado’, nombre eufemístico para designar el sendero peatonal obligado para llegar a las edificaciones; obligado pues por ahí y solo por ahí es por donde se puede pasar (no transitar pues tampoco están acondicionados para ello).



Esos avisos fueron ubicados en sitios estratégicos de la Ciudad Universitaria luego de que por culpa de la falta de planeación estuvo a punto de ocurrir una tragedia cuando el frente de las edificaciones en las que se encuentran ubicados el Centro de Estudios en Medicina de Urgencias (CEMU) y el Laboratorio de Entomología, se hundió como consecuencia de la excavación.

Son bastantes las incomodidades y los accidentes que ha traído consigo la obra en cuestión; pero no tan abundantes como los interrogantes que han quedado abiertos acerca de la

naturaleza, destino y consecuencias de la construcción de una cosa que la comunidad universitaria no comprende y que más parece un capricho que algo útil o prioritario.

La mejor forma de celebrar los primeros 150 años de nuestra Alma Mater debería ser evitando que se nos caiga sobre nuestras cabezas.

